

La música como puente hacia la inclusión: **mi experiencia como educador autista**

mi voz

Por Javier Baquero
(jjbaquero@uce.edu.ec)



Cuando comencé mi carrera docente hace 25 años, nunca imaginé que mi condición de Asperger se convertiría en una de mis mayores fortalezas como profesor universitario de piano y armonía.

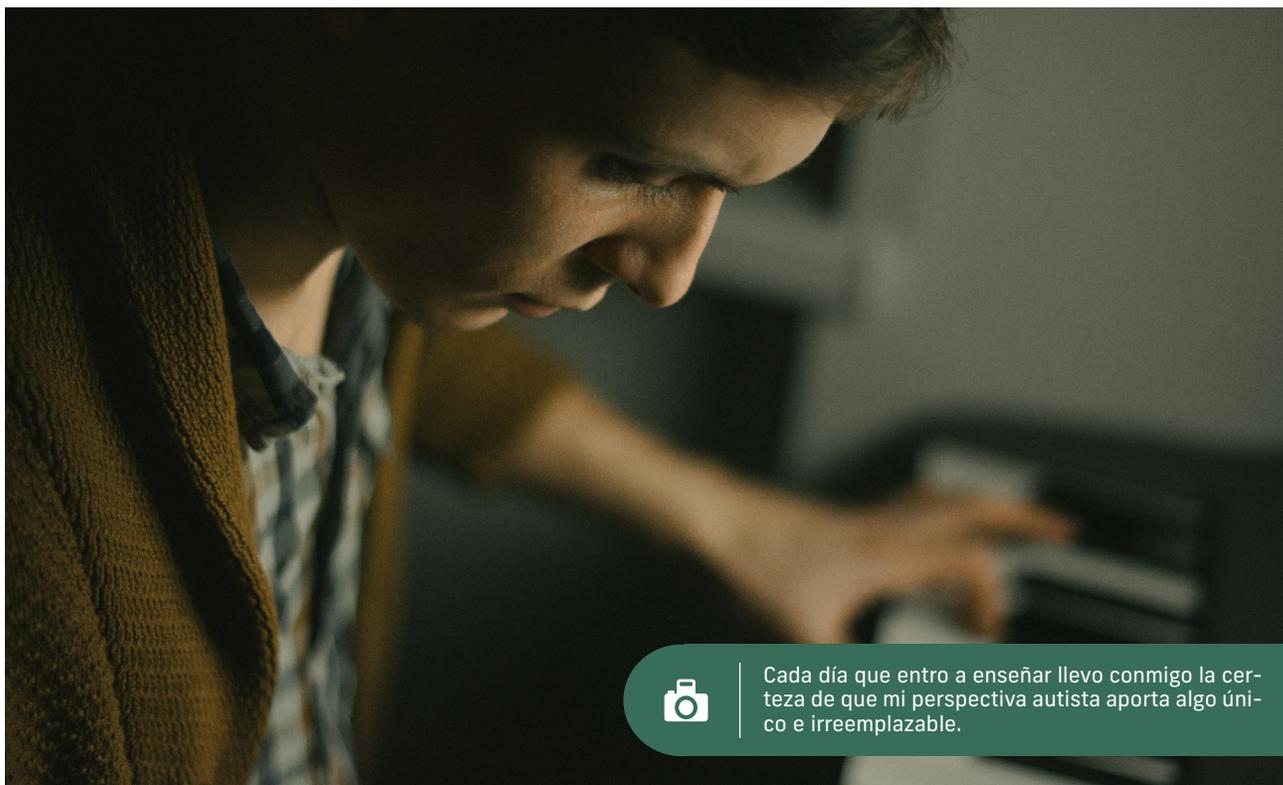
He pasado décadas enseñando jazz, piano clásico y armonía contemporánea, y puedo afirmar sin dudas que mi neurodivergencia no ha sido un obstáculo, sino una ventana única hacia formas diferentes de entender y transmitir la música.

Recuerdo vívidamente mis primeros años frente al aula. La intensidad con la que percibo los sonidos, algo que de niño me resultaba abrumador, se transformó en mi aula en una capacidad extraordinaria para detectar matices armónicos que otros pasan por alto.

Esa misma sensibilidad que me hacía sufrir con ciertos timbres me permite ahora guiar a mis estudiantes hacia una comprensión más profunda de las texturas musicales.

Esa misma sensibilidad que me hacía sufrir con ciertos timbres me permite ahora guiar a mis estudiantes hacia una comprensión más profunda de las texturas musicales.

Mis clases han evolucionado naturalmente hacia metodologías que, sin saberlo inicialmente, benefician a estudiantes con todo tipo de estilos de aprendizaje. Cuando explico una progresión de acordes alterados, no me limito a tocarla. La dibujo en la pizarra, la relaciono con colores, permito



Cada día que entro a enseñar llevo conmigo la certeza de que mi perspectiva autista aporta algo único e irremplazable.

que los estudiantes la sientan físicamente en el teclado antes de conceptualizarla teóricamente.

Mi propia necesidad de procesar la información de múltiples maneras se ha convertido en una riqueza pedagógica.

He aprendido que algunos de mis estudiantes, como yo, necesitan tiempo para procesar información nueva. Por eso siempre dejo pausas después de introducir conceptos complejos.

Otros requieren partir desde la estructura general hacia los detalles específicos –exactamente como funciona mi mente autista. Esta comprensión ha transformado mi aproximación al contrapunto y las formas musicales.

Mis obsesiones, que así las llamaba antes de entender mejor mi condición, se han revelado como especializaciones profundas que enriquecen mis clases.

Mi fascinación con los patrones armónicos del barroco y el jazz modal, o mi capacidad para recordar progresiones específicas de grabaciones históricas, aportan un nivel de detalle y precisión que mis estudiantes valoran enormemente.

Lo que más me ha impactado es descubrir cuántos de mis estudiantes experimentan el mundo de manera similar a la mía, sin necesariamente tener un diagnóstico.

La música me ha enseñado que la diversidad no es ruido que interfiere con la melodía principal, sino armonías complejas que enriquecen la composición total. Como educador autista, mi rol no es adaptarme a un molde preestablecido, sino demostrar que existen tantas formas válidas de enseñar música como formas diversas de percibirla y vivirla.

Esa estudiante que se concentra mejor con la luz tenue, ese alumno que prefiere analizar la partitura en silencio antes de tocar, aquella que encuentra en la música un refugio sensorial donde todo cobra sentido.

He comprendido que la verdadera inclusión no consiste en camuflar nuestras diferencias, sino en crear espacios donde esas diferencias se conviertan en fortalezas compartidas. En mi aula, la diversidad neurológica no es algo que tolerar, sino algo que celebrar activamente.

Cada día que entro a enseñar llevo conmigo la certeza de que mi perspectiva autista aporta algo único e irremplazable.

Mi forma particular de procesar la música, de relacionarme con los sonidos y estructuras, no es una limitación superada, sino un regalo que puedo compartir con cada generación de músicos que pasa por mis clases.